

LA CIUDAD NEGRA



Antonio Blázquez-Madrid

Leopoldo Casperano, escritor de reconocido prestigio, decide alojarse durante un tiempo en el Complejo Residencial Diocesano, al lado mismo del Palacio Episcopal (un lugar conocido popularmente con el nombre de «la Ciudad Negra»), para documentarse sobre un monje-científico que vivió, en aquel mismo lugar, en un antiguo monasterio durante la Edad Media. Cuando tras una larga estancia, ve que sus investigaciones le conducen a una vía muerta, decide abandonar el Complejo. Está a punto de hacerlo, pero la amistad que, durante ese tiempo, ha surgido entre él y una joven monja (asistente personal de Monseñor), le hará cambiar su decisión inicial y permanecer en el lugar durante algún tiempo más.

Capítulo 1

Unos meses atrás no se hubiera podido imaginar que se iba a encontrar en esa encrucijada de desconocidos caminos y de nuevas situaciones que él en ningún momento había buscado, pero que ahora se presentaban como una parte importante de su propia vida y de la obra que estaba escribiendo, obra que había cambiado, por la fuerza de los hechos que se habían producido durante ese corto espacio de tiempo, no solo de protagonistas sino que también era otra la trama y otro también el argumento. Él, Leopoldo Casperano, escritor de éxito y de reconocido prestigio, se había trasladado a vivir durante un tiempo al Complejo Residencial Diocesano, junto al Palacio Episcopal, para así poder investigar sobre un personaje histórico que vivió entre los siglos XV y XVI, en el que había pensado como uno de los principales protagonistas para su nueva novela, y, sin embargo, después de unos meses prácticamente sin salir de aquel lugar, se encontraba inmerso en algo que más se parecía a una investigación policial que a una toma de datos para completar el personaje principal de su obra. Pero no era eso lo que más le preocupaba de la nueva situación en la que se encontraba envuelto, pues, como buen escritor, bien sabía que el argumento de cualquier historia a veces cambia por la aparición inesperada (producto de la novelera y voluble imaginación que tienen los autores) de un nuevo personaje que adquiere una fuerza imprevista, y que lleva al escritor a cambiar la idea inicial. Lo que de verdad le tenía preocupado, o mejor di-

cho, lo que le hacía estar unas veces intranquilo y otras veces desconcertado y sin saber cómo reaccionar ante determinados hechos, era el cambio que había experimentado él mismo en su manera de ser y de pensar: si antes había sido un hombre que se consideraba libre en cuanto a amores se refiere, ahora tenía una parte de su alma con claros síntomas de enamoramiento enfermizo; si siempre consideró que nada debía interferir en sus opiniones y en su trabajo como escritor, sin embargo, en esos momentos, incluso estaba dispuesto a renunciar a la obra que tenía entre manos, si con ello conseguía atraer hacia sí a la mujer que lo había enamorado.

En esa situación de transición personal y profesional se encontraba Leopoldo Casperano, cuando apenas habían transcurrido cuatro meses desde que entró a vivir en el Complejo Residencial Diocesano. Pero lo que él aún no sabía, era que el destino tenía marcado su propio y particular camino.

Capítulo 2

El lugar donde se encontraba el Palacio Episcopal era conocido popularmente por el nombre de *la Ciudad Negra*. Este palacio formaba parte de un gran complejo residencial que los responsables eclesiásticos de la Iglesia habían ido construyendo y ampliando con el paso de los años, y que ocupaba, incluidos los jardines y el llamado bosquecillo, más de ochenta hectáreas en una de las zonas más prósperas y ricas de la ciudad. Estaba situado en un sitio privilegiado, ocupando una parte de lo que antiguamente se conocía como *el Bosque del Norte*: una gran extensión de pinares que, durante épocas anteriores, se encontraba a las afueras de la ciudad, pero que con el fuerte crecimiento urbanístico del siglo XX pronto se vio rodeado de grandes mansiones e importantes edificios residenciales. En aquel mismo lugar había existido, entre los siglos IX y XVI, uno de los monasterios de mayor importancia religiosa y científica. Sin embargo, pocos de los escritos y documentos que de allí salieron se habían conservado, y los que existían se encontraban muy dispersos y de difícil localización, guardados en los archivos de algunos de los museos de ciencia menos accesibles del mundo; no obstante, las diversas teorías científico/religiosas que habían nacido bajo aquellos muros, y que se habían ido transmitiendo de viva voz, aún eran consideradas como válidas, y muy apreciadas y defendidas por los sectores más conservadores de la Iglesia. Del antiguo monasterio no quedaba nada visible en el actual complejo residencial, al que, co-

mo queda dicho, el imaginario popular había bautizado como *la Ciudad Negra*.

Según se contaba en antiguos libros de historia, primero fue un gran incendio el que acabó con el monasterio primitivo, que devastó de tal modo sus instalaciones que los monjes que allí habitaban tuvieron que marcharse a otros lugares. Pasado un tiempo se volvió a reconstruir, pero otros desastres naturales destruyeron las nuevas edificaciones y acabaron con el esplendor científico y religioso que allí se había ido forjando durante siglos. Todo esto, unido a las guerras, los pillajes y los robos de la cantería, terminaron por derruir y hacer desaparecer los últimos muros que habían quedado en pie. Lo único que permaneció del antiguo monasterio fueron las galerías subterráneas. Una parte de esas galerías o sótanos les habían servido a los monjes como lugar para sus experimentos y estudios científicos, y allí guardaron los libros y legajos en los que habían ido dejando constancia escrita de sus teorías y descubrimientos; y la otra parte, la habían utilizado como catacumbas funerarias, al modo de los antiguos cristianos, y entre sus paredes habían sido enterrados los restos de los monjes que pertenecían a la Orden del Monasterio, y los de algunos otros aldeanos y mendigos que habían terminado su camino entre aquellas paredes monásticas, no siempre por voluntad propia, según contaban las leyendas populares que aún se oían.

Desaparecido el monasterio, durante muchos años todo aquel paraje pasó a ser considerado como propiedad comunal. Fue un nuevo obispo, llegado a la diócesis a finales del siglo XVIII, el que, cautivado por aquel magnífico entorno, reclamó y consiguió de los tribunales de justicia la titularidad de aquellos terrenos, terrenos que durante muchas décadas habían sido utilizados por el populacho (como él gustaba de llamar a las gentes del lugar) para su beneficio y sus diversiones festivas. Una vez recuperada la propiedad, ordenó construir sobre los cimientos del anti-

guo monasterio un palacete para su residencia privada, manteniendo las estructuras de los antiguos sótanos. Ese palacio, terminado de hacer con maderas nobles importadas de varios continentes y con mármoles sobre los suelos y recubriendo las columnatas, es el que ahora era utilizado como sede oficial del arzobispado.

En los años posteriores se fueron levantando alrededor del Palacio Episcopal diversas edificaciones para uso eclesiástico y para el alojamiento de miembros pertenecientes a la Iglesia o invitados especiales y cercanos al propio arzobispado. El conjunto residencial lo componían, además del palacio y de la iglesia anexa a sus muros, un moderno edificio de apartamentos, que ocupaban temporalmente los que estaban realizando algún estudio para la diócesis, o aquellos otros que llegaban de paso y tenían la influencia suficiente para hacer uso de aquellas confortables instalaciones. En la planta baja estaba el comedor general y una pequeña cafetería, junto a la cocina. También se habían construido dos grandes viviendas singulares que serían de residencia oficial para los visitantes ilustres, y que solo ocupaban los que eran invitados personalmente por Monseñor. Próximo a los apartamentos existía otro edificio de cuatro plantas, donde estaban las instalaciones llamadas técnicas: oficinas, centro informático, y la gran biblioteca junto al antiguo e importante Archivo Histórico perteneciente a la archidiócesis. En los sótanos de ese edificio se encontraba la lavandería y diversas salas que daban servicio al conjunto. Todo el complejo residencial diocesano, incluidos sus jardines y el bosquecillo de pinos, estaba rodeado por un alto muro, para evitar la entrada de extraños.

Y en ese entorno es donde quería estar el escritor Leopoldo Casperano para escribir su próxima novela; novela cuyo eje principal giraba alrededor de la figura de un monje llamado Fray Justiniano, que había habitado en el antiguo monasterio allá por los siglos XV o XVI, considera-

do en su época como un gran astrónomo y uno de los más importantes investigadores de la anatomía humana, aunque sobre él recaía, también, una terrible leyenda negra.

Era esa leyenda el núcleo central de la historia que quería contar Leopoldo Casperano, que pretendía sacar a la luz la verdad ocultada por la Iglesia durante siglos, y para eso el escritor deseaba respirar el mismo aire que respiró aquel monje. Su mayor interés se centraba en indagar entre los documentos que, según sus averiguaciones previas, deberían de existir en el importante archivo histórico que allí había, y que, al parecer, según se comentaba en determinados círculos, los tenían ocultos y sin que nunca se hubiera permitido a nadie que investigara sobre lo que en ellos había escrito. Era consciente de las dificultades que iba a encontrar para que le dejaran residir en alguno de los edificios cercanos al Palacio Episcopal durante los meses que durara la escritura de la novela; y más aún sabiendo que no era santo de devoción de Monseñor, pues más de una vez había escrito en diversos medios de comunicación contra la doble moral de la Iglesia, y en especial contra algunas opiniones y conductas de los máximos jerarcas de la diócesis, muy personalizadas en el propio arzobispo, al que en algún momento llegó a acusarle de importantes y oscuros pasajes de su vida.

Por eso, pensó que tenía que tejer una historia que, aunque no fuera cierta, le sirviera para convencer al Secretario personal de Monseñor, para que autorizara su estancia dentro de aquel complejo residencial durante los meses necesarios para llevar a cabo la investigación y averiguar lo que buscaba. Eso era lo que de verdad lo llevaba hasta allí, en el centro mismo del poder eclesial de la zona. La novela siempre la podría terminar en cualquier otro de los lugares en los que habitualmente se refugiaba para escribir, pero los documentos que pensaba utilizar como base de su obra solo podía localizarlos entre aquellos mu-

ros, buscando entre los legajos antiguos que suponía que habría en aquel histórico archivo.

Conocedor de que Fray Justiniano era un importante símbolo para los sectores más conservadores de la Iglesia, y que la leyenda negra que se había creado alrededor de su figura era algo que les gustaría que desapareciera para siempre, pensó que, aunque sus secretas intenciones fueran otras, el mejor argumento que podría utilizar para convencerles, sería el de que en su novela iba a ensalzar la figura del fraile para darle la categoría histórica y científica que se merecía.

Con este planteamiento, bien pensado y preparado, fue con el que se presentó una tarde de invierno ante el Secretario de Monseñor. En un primer momento, y dada su trayectoria como escritor nada favorable a la Iglesia y a sus instituciones, el Secretario le invitó a abandonar el lugar sin más; pero no se dio por vencido por ese primer intento fallido, entre otras cosas, porque ya suponía que iba a ser así.

Insistió una segunda y hasta una tercera y cuarta vez, hasta que consiguió que en la secretaría le dejaran exponer, ampliamente, el teórico argumento de su libro: les dijo que pretendía escribir una novela histórica, basada en la vida santa y los trabajos de investigación astrofísica de Fray Justiniano. Toda esta explicación, contada con mucho énfasis por Leopoldo Casperano, que intentó darle la mayor credibilidad posible, comenzó a calar en el ánimo de sus interlocutores, que poco a poco se iban dejando convencer, y en especial el Secretario de Monseñor, gran admirador de la obra del fraile, al que sin duda ninguna le gustaría verle libre de aquella terrible leyenda negra que se venía contando de él durante siglos.

Si algo tenía Casperano a su favor para persuadir a Monseñor y su entorno, eso era que nadie dudaría de los argumentos que pusiera en la novela a favor de Fray Justiniano, pues de todo el mundo era conocido su enfrenta-

miento, como escritor agnóstico, con las doctrinas y prácticas de la Iglesia. En eso confiaba para conseguir la autorización, y esa confianza pronto se vio recompensada. Unos días después fue llamado por el ayudante del secretario del arzobispo, para arreglar los papeles para que pudiera residir dentro del complejo. Claro está que le habían puesto condiciones, algo que él ya se esperaba: solo estaba autorizado a permanecer por un tiempo máximo de seis meses. También le habían limitado el espacio por donde podría andar con total libertad: prohibido moverse dentro del Palacio Arzobispal sin ir acompañado de alguien autorizado por el propio Monseñor o por su Secretario; prohibido indagar entre el personal empleado sobre cualquier asunto no relacionado con la novela; prohibido introducir elementos de grabación de imágenes y de sonidos. La autorización únicamente le permitía el alojamiento en el apartamento que le había sido adjudicado, y solo podía utilizar los lugares donde se prestaban los servicios ordinarios, tales como el comedor general, la cafetería, el salón de lectura y la lavandería; asimismo le estaba permitido pasear con total libertad por los jardines y la zona de pinares, con excepción de un pequeño y discreto jardín, anexo al palacio arzobispal, que utilizaba de forma privada Monseñor. También, y era una condición sin la que no hubiera podido aceptar, podía entrar, sin ninguna restricción, en la gran biblioteca y en el importante Archivo Histórico Diocesano. El bibliotecario o Archivero Mayor, como allí lo llamaban, de nombre Antonio de Castro, sería el encargado de facilitarle los libros o legajos que le fueran necesarios para documentarse sobre la vida de Fray Justiniano y su época y costumbres. Leopoldo Casperano era consciente de que al bibliotecario, seguramente, le habrían dado instrucciones muy concretas y estrictas sobre los documentos que le pudiera entregar o no, pero eso no le iba a echar para atrás; ya trataría él, con habilidad, de conseguir lo que buscaba.

Capítulo 3

Según los sectores más conservadores de la Iglesia, Fray Justiniano había sido uno de los más insignes y prestigiosos científicos que habían existido entre los siglos XV y XVI, y creían que si no hubiera sido por la leyenda negra que se había creado alrededor de su persona, ahora sería nombrado y estudiado en todas las grandes universidades. Ellos pensaban que por culpa de sus enemigos, que se habían preocupado en extender y difundir esa maldita leyenda, en la práctica el gran Monje había desaparecido de los anales de la historia, y solo era recordado en reducidos círculos, todos ellos relacionados con los elementos religiosos más ultraconservadores.

En ninguna enciclopedia, en ninguna bibliografía científica aparecía su nombre, como si nunca hubiera existido. Los que más conocían de su existencia se negaban a hablar de ese fraile-científico, por temor a que les relacionasen con sus teorías y prácticas un tanto inhumanas y crueles, según se contaba; y aquellos pertenecientes a los movimientos más fanáticos de la Iglesia, tenían prohibido difundir sus conocimientos, pues los altos jerarcas eclesiásticos tampoco estaban interesados en que les relacionasen con el fraile, porque, según argumentaban, ya existían demasiadas historias negativas que recaían sobre la Institución, como para incrementarlas con una más, que nada les aportaba; y aunque eran conscientes y concededores de la existencia real del monje, sin embargo, habían prohibido, bajo pena de excomunión, hablar de él. Y además, habían

hecho desaparecer de las bibliotecas y archivos todos los documentos y datos sobre los experimentos científicos que pudieran tener relación con Fray Justiniano. Nada mejor que borrar la existencia entera del personaje para que nunca más se volviera a hablar de aquella negra historia. Ahora bien, los seguidores del fraile no se daban por vencidos, y seguían queriendo sacar a la luz y hacer revivir para la ciencia al que ellos consideraban el mayor científico que había existido, porque, según su fanático criterio, pensaban que con las teorías experimentales desarrolladas por el monje se podía hacer temblar esa odiosa ley de la evolución que pone en cuestión la existencia del mismísimo Dios. Algunos de ellos se atrevían a comentar, en sus círculos cerrados, que en algún lugar estaban guardados muchos de los escritos donde el fraile había dejado constancia científica de la existencia de Dios como creador, y que de salir a la luz esos documentos, sería fácil que muchos de los que ahora se entregaban a la teoría de la evolución de Darwin, se verían avocados, cuando menos, a poner en duda buena parte de ella, y otros, simplemente que la rechazarían ante los contundentes datos científicos aportados por Fray Justiniano en sus teorías sobre la creación y perfeccionamiento de todas y cada una de las especies existentes sobre la tierra, creación y perfeccionamiento que venía dado por la mano de un Dios Supremo, en contra de esa idea atea del evolucionismo darwiniano. E incluso, esos fanáticos defensores del monje, creían que también quedarían en entredicho esas modernas hipótesis sobre el nacimiento del universo, hipótesis que descartan la necesidad de la existencia de un ser Superior como hacedor único de todo lo que existe. No hay que olvidar que, para ellos, y según los pocos datos que habían llegado hasta nuestros días, Fray Justiniano, además de ser uno de los más grandes investigadores de la anatomía humana, había sido uno de los más preclaros astrónomos de su tiempo. Algunos de los eclesiásticos pertenecientes a es-

tos grupos, a los que dentro de la propia Iglesia se les consideraba como exaltados ultraconservadores, llegaban a afirmar que conocían el lugar donde se hallaban los documentos secretos que los jerarcas de la Iglesia habían mandado destruir, pero que habían sido preservados por los seguidores del Monje, en contra de lo ordenado, habiéndolos guardado en secreto, secreto que era compartido por un escasísimo número de clérigos, que se habían convertido de hecho en guardianes de esos libros y legajos, transmitiendo cada uno esa información a otro nuevo guardián solo antes de la muerte.

De Fray Justiniano se decía que sus teorías astrofísicas le causaron en su vida grandes problemas con los superiores eclesiásticos que dirigían y controlaban la Iglesia en aquella época, y que incluso tuvo que renunciar a hacer públicas muchas de las conclusiones de sus estudios porque chocaban frontalmente con la doctrina oficial que regía en aquellos momentos. Pero como buen hombre de ciencia, no dudó y se preocupó, aunque fuera de manera discreta, de dejar constancia por escrito de todos sus descubrimientos, descubrimientos que, según sus partidarios, habrían hecho avanzar muchos años a la humanidad en el conocimiento del universo, su creación y evolución, si se hubieran dado a conocer y permitido la divulgación de esos estudios. Llegaban a afirmar que había sido un estudio de las teorías del gran astrónomo griego *Aristarco de Samos*, y que era más que probable que hubiera sido el primer hombre que descubrió que los astros y el sol se movían unos alrededor de otros mediante órbitas elípticas, basándose en la hipótesis alternativa del modelo heliocéntrico que ese sabio había propuesto, ampliada con sus propios estudios, aunque los datos de esas investigaciones también habían sido ocultados o destruidos, para que nada de lo relacionado con Fray Justiniano fuera conocido. Pero, lógicamente, esos descubrimientos no eran los que habían dado lugar a la leyenda negra que le había

condenado al ostracismo más absoluto. Esa leyenda estaba basada en sus experimentos anatómicos sobre los seres vivos, en especial los humanos. Se comentaba, también, entre los círculos que aún pretendían rehabilitar la figura científica del Monje, que fue el anatomista más avanzado de su época, y que, casi sin dudarlo, se le podría adjudicar ser el primer científico que descubrió la circulación primaria de la sangre, antes que el propio Miguel Servet, y que de haber seguido sus estudios y consejos, las técnicas médicas habrían avanzado a pasos agigantados durante los años posteriores a la muerte del fraile.

Pero contra esa defensa a ultranza, que hacía el reducido número de seguidores que defendían en secreto su existencia, estaban los hechos que se le atribuían, y que componían la siniestra leyenda negra: se decía de él, aunque nadie haya presentado aún una prueba cierta a favor o en contra, que para sus experimentos utilizaba como cobayas humanas a los pobres harapientos que se acercaban a buscar un pedazo de pan al monasterio donde vivía; un monasterio situado en el lugar conocido como *el Bosque del Norte*: una gran extensión de pinares dentro de un magnífico entorno.

En aquel lejano tiempo, se fue transmitiendo de boca en boca y de pueblo en pueblo, que todos los mendigos que se paraban en las puertas del monasterio en busca de caridad, eran invitados a pasar al interior del sagrado lugar donde el calor existía y la comida no faltaba, lo que hacía que fueran muchos los necesitados que se apresuraban a tocar la campana que había a la entrada para pedir caridad y consuelo cuando ya sus escasos recursos se habían agotado. Pero la leyenda cuenta, que de todos los que entraban por la gran puerta que daba paso al claustro del monasterio, solo volvían a salir algunos, y siempre de noche, trepando y escapando por los altos muros, huyendo como si el mismísimo diablo los persiguiera; y sigue contando la leyenda, que muchos de los que lograron

salir volvían con el pelo totalmente blanco, como si un espanto indescriptible se les hubiera aparecido, y sin descansar ni un momento abandonaban aquellos parajes, para no volver nunca más; otros habían quedado mudos para siempre, no se sabe si por temor a contar lo que habían vivido o porque algún hecho aterrador los hubiera dejado sin habla; y los pocos que se atrevieron a decir algo de lo que allí dentro habían visto y oído, explicaron, con el miedo aún agarrotándoles la garganta, que después de alimentarles durante días, iban invitándoles a bajar a los sótanos del monasterio con promesas de curarles las heridas, pero más que curar la realidad era más bien otra, pues los alaridos humanos se escuchaban sin parar durante horas, y según decían, nunca volvieron a ver a ninguno de los que bajaron. Solo hubo uno, un corpulento leñador al que una fatídica reyerta lo había llevado a la desgracia y a la miseria, el único que pudo escapar de aquel sótano, el lugar que Fray Justiniano utilizaba para sus experimentos y estudios; y según relató, allí abajo, el monje, acompañado por sus discípulos y aprendices, abría en canal, mientras aún estaban vivos, a los pobres diablos a los que habían alimentado durante días para que tuvieran más resistencia, para poder palpar cada uno de los órganos y así ver su funcionamiento, mientras Fray Justiniano, como un buen maestro, les iba dirigiendo y enseñando. Y también dijo que había visto cómo abrían pequeños canales en los brazos y piernas de los pobres mendigos, que aullaban de dolor, y cómo les sacaban las venas de entre las carnes, para observar, según les explicaba el monje a sus discípulos, cómo circulaba la sangre.

Esta era la historia que fueron recitando de aldea en aldea juglares y vagabundos, y aunque nadie nunca supo de la existencia real del leñador, esta historia se convirtió en la monstruosa leyenda negra que hizo que todo el saber de Fray Justiniano, y la verdad sobre su vida, quedaran enterrados para siempre.